



Charlas con Camilo

I.M.E.

CADA vez que emprendo este camino me invade una gran sensación de paz. La carretera solitaria; los grandes árboles; el antiguo monasterio donde está instalada la clínica que sorprende con su mole de granito en el momento en que se corona la colina; la pareja de mastines en el jardín, lentos y poderosos. Ya en el interior, las altas bóvedas, el espesor de los muros, la sobriedad del mobiliario, la amable discreción del personal... y Camilo,

delgado, flexible, inteligente, con su pelo rebelde, sus ojos chispeantes, su ternura y su lejanía.

Al estrechar su mano firme y cálida siempre me parece que es él quien acaba de llegar de muy lejos, de un mundo más inteligente y luminoso donde se encuentra a gusto, donde no es un extraño. Su mirada me da a entender con claridad que debo agradecer al recuerdo de nuestras correrías de la infancia

el hecho de que interrumpa su viaje para acercarse a mi rincón.

Me hablabas el otro día de la odisea de la Humanidad a través del sistema solar ¿qué querías decir con eso? —le pregunté—.

Déjame aterrizar, dijo sentándose y desperezándose con la complacencia de un felino que acaba de despertarse.

Este es Camilo pensé, un gran felino; un torrente de energía enuelto en terciopelo.

Nuestra odisea... murmuró, prepárate a dar un salto de varias centurias, tal vez milenios: el fin de la Tierra está próximo, el planeta seguirá rodando pero ya no será un hábitat confortable, y no por nuestras burradas que, naturalmente seguiremos haciendo, sino porque se irán cumpliendo las previsiones de la mecánica universal. El Sol no es más que una gran luminaria —¿te acuerdas de nuestras noches de San Juan?— una enorme hoguera que se extingue lentamente como todas las estrellas. A medida que el Sol se apague irá descendiendo la temperatura media de la Tierra y del resto de los planetas. La media de la Tierra es ahora de 15° centígrados; la de Marte es de 15 bajo cero ¡demasiado frío! y la de Venus de 60 sobre cero... ¡demasiado calor!

A medida que vayan pasando siglos y más siglos este hospitalario planeta lo será cada vez menos y mientras tanto el hombre habrá ido alcanzando cotas de progreso científico difíciles de imaginar. No se entregará sin lucha, tratará de salvar a la especie humana.

Eso no es ninguna novedad —comenté—.

Efectivamente —replicó— aunque con juguetes distintos siempre jugamos el mismo juego, a pesar de las apariencias. Y también entonces, el hombre resistirá mientras se prepara para conquistar.

El hombre se irá adaptando a la progresiva degradación de nuestro planeta: al frío, que le obligará a vivir bajo tierra; a respirar un aire con menor proporción de oxígeno; a sustituir las frutas y verduras por las algas; a cooperar y no a combatir. Y a preparar entre todos su gran odisea.

La Humanidad antes de perecer tratará de emigrar, de buscar una nueva morada. Su avanzada técnica le proporcionará medios suficientes, ya casi los tenemos. Pero tendrá que esperar y sobrevivir hasta que llegue su oportunidad. La Humanidad lo podrá entonces casi todo pero ese "casi" será aún un abismo infranqueable.

Tendrá que esperar; durante milenios tendrá que esperar. Su nueva morada se está edificando desde el principio del tiempo y un día estará dispuesta.

¿Te imaginas ya cual será su nueva morada? —preguntó—. Supongo que será Venus —apunté siguiéndole la corriente—.

En efecto será Venus... ¡el lucero de la mañana! Venus se irá enfriando a medida que lo hace la Tierra pues recibe el calor de la misma llama. Su temperatura media que es hoy de 60° irá descendiendo progresivamente; de la misma forma irá aumentando la proporción de oxígeno en su atmósfera lo que favorecerá la aparición de las primeras formas de vida vegetal que irán evolucionando y regenerarán más oxígeno. El vapor de agua de su atmósfera se irá condensando y pequeños arroyos empezarán a surcar la superficie de Venus.

El hombre esperará como un viajero impaciente en una inhóspita estación de tránsito. Y al fin llegará el momento esperado, los equipos de sondeo instalados en la superficie de Venus le enviarán el mensaje que espera; ¡todo está dispuesto!

Se harán los últimos preparativos. Las posiciones respectivas de ambos planetas serán las más favorables para el viaje. En las distintas estaciones de lanzamiento estarán preparadas las naves espaciales. Los viajeros y sus equipajes habrán sido seleccionados cuidadosamente: sexo, edad; capacidad física y psíquica; cociente intelectual; adaptación al medio conseguida con simuladores adecuados. También se seleccionarán los animales y las plantas: seres jóvenes en edad de procrear; menor número de machos que de hembras y la mayor parte de estas preñadas; selección de especies. Para los ovíparos algún macho acompañando a muchas hembras y gran cantidad de huevos fecundados. Plantas empezando a germinar, semillas de plantas. Savia nueva que se adaptará con mayor facilidad. Y algunos utensilios, de uso común y sin mecanismos.

La Humanidad partirá a la conquista de un nuevo mundo ligera de equipaje. ¿Te lo imaginas? Me gustaría estar allí para verlos partir.

¿Y por qué no para partir con ellos? le insinué.

No habrá sitio para los locos y los poetas —replicó rápido— ni para los débiles, los románticos, los misericordiosos o los demasiado sensibles. Los elegidos —más bien elegidas— tendrán que asegurar la supervivencia de la especie; tendrán que ser más duros que la roca más dura del mundo a donde van.

El día D, a la hora H y al minuto previsto varias astronaves, que partirán de distintos puntos, cruzarán el espacio al encuentro de Venus. No todas alcanzarán la tierra prometida. Las que no lleguen a alcanzar la zona de atracción de Venus vagarán eternamente por el espacio, otras se destrozarán al llegar al nuevo planeta, y sólo unos pocos afortunados —no se por que les llamo afortunados— sobrevivirán al viaje para cargar con el enorme peso de salvar a la especie.

¿Me sigues?

Te sigo con un poco de vértigo.

Pues haz un esfuerzo y acompáñame al nuevo mundo. ¿Qué encontraremos allí? Si pudiéramos abarcar todo el planeta veríamos en zonas distantes unas de otras pequeños grupos de seres vivos tratando de sobrevivir en un ambiente hostil que los irá degradando rápidamente. Conservarán la memoria de la Tierra pero esto sólo les servirá para añorarla y para describirle a la primera generación el paraíso perdido; cuando quieran hablarles a los nietos de aquel otro mundo será sólo un sueño en su memoria ya débil y confusa. Al tener que emplear el 100% de su energía vital en sobrevivir y en asegurar la supervivencia de sus descendientes retrocederán inexorablemente descendiendo en la escala animal progresando tan sólo en su capacidad de adaptación —cada generación será más resistente que la anterior— hasta llegar a un nuevo hombre de Morin, de Neanderthal o Cromagnon que por estar perfectamente adaptado podrá dedicar un pequeño porcentaje de su actividad vital a pensar. ¡Se habrá dado otra vez el mismo paso! Cuando esta torpe criatura pueda dedicar una décima de segundo de las horas que tengan sus días a pensar, la Humanidad emprenderá otra vez su camino. Si hemos tenido paciencia para seguir observando veremos ahora que en determinados puntos del planeta empiezan a destacar unos seres que se van imponiendo poco a poco a cuanto les rodea, que inician un principio de dominio. Comparten su vida con animales de distintas especies en cada una de las áreas, en las que también son distintos los vegetales de los que se alimentan o entre los que se ocultan y merodean devorándose unos a otros.

¿Por qué serán distintos los animales y los vegetales en cada una de las zonas? —pregunté yo embalado—.

Porque en cada astronave viaja-

rían solamente unas pocas especies seleccionadas adecuadamente; si en una iba el conejo en otra iría la gallina, por ejemplo, o el pavo.

¿Te imaginas lo que te describo?... ¿Y no te preguntas a qué se parece?

Piensa en la Tierra en el Cuaternario: pequeños grupos humanos dispersos; determinados animales localizados en zonas concretas sin una causa que lo justifique; especies vegetales distribuidas de una manera que nos parece caprichosa...

¿Nunca te preguntaste por qué el caballo estaba localizado en las estepas del Asia Central, el canguro en Australia o la llama en el Perú? No era un problema de adaptación pues cualquiera de ellos se adapta perfectamente a otras zonas del planeta. ¿Y qué me dices del ornitorrinco, el puma o el pavo? ¿Por qué el bacilo de Kock asolaba Europa mientras el *Treponema Palium* hacía estragos en América? ¿Y quién les había dado la exclusiva de la patata, el tomate, el tabaco o el maíz a nuestros primos americanos? ¿Por qué el eucalipto crecía solamente en los bosques de Australia?

La lista de animales, plantas, microbios, bacterias, distribuidas como por una mano caprichosa sería interminable. Dios no es caprichoso, la naturaleza tampoco lo es. Tiene que haber otra respuesta. ¿No habrá sido la Tierra tan sólo una estación de tránsito?

Los padres de la Iglesia tendrían algo que decir a todo esto —me atreví a objetar—.

¡Sólo Dios es Dios! —su mirada burlona adquirió seriedad al decir esto— Dios es un presente infinito. ¿Quién te asegura a ti que Cristo que era el Hijo de Dios, y Dios mismo no pudo nacer en el mismo instante de ese presente infinito en siete planetas distintos o tal vez en miles de astros? El hombre se con-

funde contradiciéndose constantemente. Acepta la existencia de un creador del Universo, de esta incomprensible maravilla sin límites y luego le regatea la posibilidad de hacer pequeños milagros. Es como si pensásemos que el constructor del Palacio de Oriente es incapaz de improvisar la caseta del perro ¿no te

parece?. Si Dios existe puede hacerlo todo y si no puede hacerlo todo, no existe. Tenemos que elegir.

Por si acaso ve preparando tu equipaje, me dijo, recuperando su sonrisa al mismo tiempo que llamaba para que me abrieran la puerta. ■

